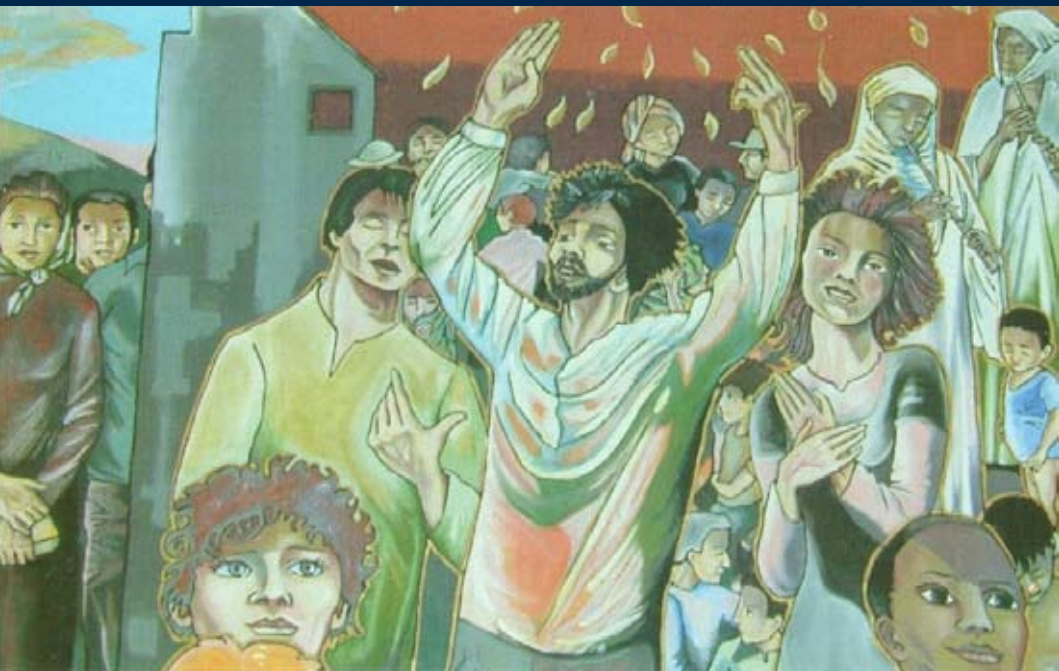


PRA
DO



V4E

EL ESPÍRITU SANTO

Textos del Padre Chevrier

PRA BO



EL ESPÍRITU SANTO

Textos del Padre Chevrier

"Viendo obrar a Jesús, vemos las acciones mismas del Padre, porque el Hijo no hace nada de sí mismo, y es el Padre que hace él mismo sus obras. ¡Qué bella armonía! ¡Qué acuerdo entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en Jesucristo!
¿Qué tenemos nosotros que hacer? Estudiar a nuestro Señor Jesús, escuchar sus palabras, examinar sus acciones, a fin de configurarnos con él y llenarnos del Espíritu Santo".

(V.D. p. 225)

Estos escritos del Padre Chevrier referentes al Espíritu Santo fueron compilados por Robert Daviaud con ocasión de la Asamblea General del Prado 2007 cuyo tema central fue: "El ministerio del Espíritu Santo en medio de los pobres" (cf. 2 Co 3,8).

PRAY

PRA
DO

**1 / EL ESPÍRITU
DE DIOS**

V4E

1 / EL ESPÍRITU DE DIOS

W+EI PRADO

EL ESPÍRITU DE DIOS ES RARO

El Padre Chevrier sufría al ver la distancia tan grande que existe entre el ideal que Dios propone a quienes llama a la santidad y la indigencia de la respuesta, la suya, pero también la de tantos sacerdotes y cristianos:

“Veo el bien que debería hacer y no hago; me doy cuenta de que debería ser fuerte para agradar al Salvador y desempeñar con el mayor fruto posible este gran ministerio, y sin embargo no hago nada, me falta coraje para ser un loco por nuestro Salvador Jesús. En la plegaria, en la oración, o ante la Eucaristía, cuántas cosas se quieren hacer, pero una vez que se pasa a la acción, cuántas cobardías y miserias. Rece usted por su pobre capellán...”

(Carta al Sr. Rambaud, 1859).

“El sacerdote es otro Jesucristo, esto es verdaderamente hermoso. Pida usted para que lo llegue a ser de verdad. Me siento tan alejado de este hermoso modelo que a veces me desanimo, tan lejos de su pobreza, tan lejos de su muerte, tan lejos de su caridad...”

(Carta al Padre Gourdon, 1865).

“Debo confesarlo. Están muy lejos de tener el espíritu de Dios, indispensable para ser verdaderas hijas de Jesucristo; están muy lejos aún de esa renuncia completa que nuestro Señor exige para pertenecerle enteramente y seguirle en su caridad, humildad, dulzura, entrega...; pida a Dios que pueda yo trabajar en mi santificación y en la de ustedes, porque sufro interiormente al vernos a todos en un estado tan triste y tan lánguido, nosotros que deberíamos ser tan humildes, tan fervorosos, amables, caritativos, entregados y pobres según el espíritu de Dios”.

(Carta a las primeras Hermanas del Prado, 1869).

El Padre Chevrier decía con gusto que “el espíritu de Dios es raro”:

“Sí, el espíritu de Dios es raro porque es muy difícil dejar del todo la propia razón, ciencia, vida natural, defectos del propio espíritu y no obrar más que según el espíritu de Dios.

Es difícil estar unidos a Dios de tal manera que no seamos más que uno con él. Es difícil ser lo bastante humilde, lo bastante pequeño, lo bastante dócil, lo bastante silencioso, para que siempre podamos recibir y seguir bien sus inspiraciones. Sus inspiraciones son tan suaves, tan finas, tan imperceptibles a veces, por no decir siempre, que es difícil captarlas, comprenderlas y aceptarlas. Por el contrario, la ciencia, la razón, el mundo hacen tanto ruido en torno a nosotros que es muy difícil oírle y seguirle perfectamente.

Para tener el Espíritu Santo es necesario haber dejado esta vida natural que nos envuelve y nos lleva. Hay que haber estudiado durante mucho tiempo el Santo Evangelio; haber orado largo tiempo pidiéndolo. Y ¡qué raros son los que han cumplido todas esas condiciones!

Además, la vida natural es tan fuerte en nosotros y la vida espiritual tan elevada, tan opuesta a nuestra naturaleza, que uno está tentado de mirar las inspiraciones del Espíritu Santo como imposibles, tratándolas a menudo de quimeras. Las grandes enseñanzas del Evangelio, los consejos son considerados como imposibles; prefieren más bien seguir el camino habitual, el camino ordinario, en vez de abrazar los caminos elevados y frecuentemente áridos a la naturaleza. Vienen del Espíritu Santo. Luego, por el razonamiento, se destruye todo el Evangelio, se encuentra siempre la manera de arreglar las cosas y sostener la vida natural.

El razonamiento mata el Evangelio y destruye todo lo que hay de elevado, grande y espiritual en los preceptos y consejos de Nuestro Señor: Así en lo que atañe a la pobreza, desprendimiento, caridad, renuncia, mortificación, penitencia.

También cuando se encuentra en la tierra alguien que tiene espíritu de Dios ¡cómo se le busca! ¡cómo vienen en busca de este espíritu, de sus consejos que vienen de lo alto! Parece entonces que estamos con Dios y que es el cielo en la tierra. Eso es raro, y sin embargo dependería sólo de nosotros el tenerlo, llenándonos del Evangelio y poniéndolo en práctica.

¡El espíritu de Dios! Dárselo a uno es el mayor tesoro que Dios puede regalarle. Y también el tesoro más grande de Dios en

la tierra es dar su espíritu a algunos hombres, para que los otros le puedan ver, consultarle, seguirle y sacar provecho de él.

Pidámoslo a Dios sin cesar para nosotros y para los demás”. (V.D. p. 228-229).

(Extracto de los “Escritos Espirituales” p 91-93).

“Tenemos que rezar aún mucho, nos queda mucho para recibir el espíritu de Dios. Oh, no dejéis de pedir para mí el espíritu de Dios, lo es todo. Si tenemos el espíritu de Dios, lo tenemos todo; si yo pudiera conseguir un poco para comunicároslo, qué feliz sería, porque habría acabado mi obra. Pidámoslo unos para otros, no dejemos de recitar todos juntos el Veni Creator cada día, para que podamos recibirlo con abundancia y que yo os lo pueda comunicar” (Carta a sus seminaristas, 1877).

“Cuando tengamos el espíritu de Dios, todo irá bien. Cuando tengamos el espíritu de Dios, las aprobaciones no nos faltarán. Pero si no tenemos el espíritu de Dios, ¿para qué nos sirven? Para nada. No servirían más que para nuestra vergüenza y condenación. Pidamos, pues, en primer lugar el espíritu de Dios; que el Espíritu Santo nos comunique su caridad, sobre todo su humildad, su dulzura, su celo, y todo irá bien; pero sin esto, nunca seremos nada y nunca haremos nada. Pidamos el espíritu de Dios siempre y todos los días, no cesemos de pedirlo. Ésta es la recomendación que hago a todas y a todos: trabajemos en adquirir el espíritu de Dios y todo irá bien”. (Carta 188).

“Ante todo, es necesario poner la savia interior...”

En una época en la que preconizaban sobre todo el orden y la disciplina, el Padre Chevrier nos recuerda que, en la formación de los cristianos, el Espíritu Santo es quien debe producir todo lo externo:

“El orden externo supone el espíritu de Dios pero no lo da. Esto se comprenderá mejor por la siguiente comparación. Dos árboles, uno artificial y el otro natural; muy parecidos.

El artificial es hechura del hombre: tronco, ramas, hojas, flores, frutos, son hermosos, bellos colores y forma. El parecido con el árbol natural es perfecto; es encantador el orden, decorado, forma, color, semejanza. Pero éste árbol no tiene raíz ni savia, no hay en él vida, está muerto. Sólo una vida: la artificial, la semejanza.

Aquí todo lo ha hecho el hombre. Dios no ha puesto nada en ello. En las apariencias, bello; pero falto de vida por dentro, sin frutos verdaderos. Frutos que no se pueden comer y ni siquiera los pájaros del cielo se posan en él para comerlos.

En el árbol natural, al contrario. El hombre ha hecho pocas cosas: le plantó, lo poda, lo riega; savia misteriosa que ha producido el tronco, las flores, las hojas. Los frutos son comestibles.

En este árbol hay una vida misteriosa que viene de Dios. Vida que no tiene el otro. Por grande que fuere la belleza del árbol artificial, no es más que un árbol muerto, mientras que el natural será un árbol de vida.

(...) Se ocupan mucho más de lo exterior que de lo interior; no hay savia vivificante, se hacen árboles artificiales, árboles muertos.

Es mucho más fácil hacer un árbol artificial que un árbol natural, vivo. Es muy poco el cuidado que requiere el árbol artificial: un poquito de trabajo, de energía, firmeza, regularidad. El árbol vivo, en cambio, requiere savia vivificante, comunicar esta savia a las almas a quien se instruye. Para comunicarla hay que tenerla. Hay que dar la gracia, la vida, la fe, el amor vivificante. No se da lo que no se tiene, y no se adquiere sin esfuerzo y sin Dios. Trabajo espiritual, mucho más difícil que el trabajo material.

El Espíritu Santo es quien ha de producir en nosotros todo lo exterior. Hay que comenzar por poner en nosotros el espíritu de Dios y, cuando ya está, actúa como la savia del árbol: produce en nosotros todo lo exterior¹.

Hay que ocuparse mucho más de lo interior que de lo exterior; dar mucha más importancia a lo interior que a lo exterior, inculcar en las almas la vida interior, que lo exterior seguirá siempre. Nada habréis hecho con empezar por lo exterior.

Se dirá que lo exterior es índice de lo interior. No siempre. Hay personas que pueden comportarse exteriormente mejor que otras, pero que son menos agradables a Dios que quienes cuidan menos lo exterior y más lo interior. Estas son de mejor voluntad y hacen más esfuerzos. No juzguéis por las apariencias, por el semblante, dice Nuestro Señor.

Atender a lo exterior sin el espíritu de Dios es un cuerpo sin alma. Comenzar por lo exterior es construir en el aire,

¹ Ms XII 15... si eso, nos parecemos a plantas artificiales.

sin cimientos, es hacer máquinas, veletas. Ante todo es necesario poner la fe, el amor de Dios, la savia interior". (V. D. p. 220-221).

"No atarse demasiado a la corteza. Muchos no piensan más que en la corteza, no ven más que la corteza, no juzgan más que la corteza. Es necesaria la corteza para conducir la savia, llevar la savia, pero ¿qué es la corteza sin la savia? Un árbol muerto. Hay que proteger la corteza del árbol, pero sobre todo hay que regar, abonar el árbol para tener una buena savia, fuerte y vivificante, y el árbol será bello y magnífico. Tener cuidado de las raíces" (V. D. p. 224).

De ahí estas recomendaciones del Padre Chevrier a quienes guiaba por los caminos de la vida espiritual:

"Aprende sobre todo a orar bien, pues con ello se adquiere más sabiduría que en los libros; si sabes hacerlo, el Espíritu Santo te enseñará mucho" (Carta al Padre Jaricot, 1866).

"Tenga también en cuenta que el mejor director es el Espíritu Santo. Nuestro Señor es el mayor director de almas. Si usted le consulta, él le... [enseñará] más que yo mismo y muchos otros; aprenda a contentarse con él y él le reprochará a usted más faltas en el silencio de la oración que yo en todos mis discursos". (Carta a la Srta. Grivet, 1878).

"El Espíritu Santo nos da el amor..."

Al despertar y al hacer crecer el amor en el corazón de los hombres, el Espíritu Santo conduce a su culminación la obra de Dios en cada uno de nosotros y en la humanidad:

"El espíritu de Jesucristo está en la caridad: éste es el principio que viene del Espíritu Santo, que es amor por esencia... El amor de Dios y del prójimo, éste es el principio y la savia vivificante que debe producir en nosotros todo; cuando un alma tiene esto, tiene todo lo que necesita.

Más vale la caridad sin lo exterior que lo exterior sin caridad. Más vale el desorden con amor que el orden sin amor" (V. D. p. 223).

"El Espíritu Santo, que es amor, produce las obras de Dios. El Espíritu Santo es el gran agente de las cosas de Dios, el gran obrero del Padre y del Hijo..."

El Espíritu Santo pone en movimiento los sentidos interiores del alma, abre nuestros sentidos espirituales, el ojo del

MARÍA ANIMADA POR EL ESPÍRITU SANTO

“María estaba llena de gracia y, desde que llevó en su seno al Verbo eterno, esta gracia no hizo más que aumentar y sus rayos de gracia y de belleza brillaban a su alrededor como sucede con el sol brillante. ¡Qué hermosos somos cuando llevamos al buen Dios con nosotros y qué buenos efectos produce él en las almas a las que nos acercamos cuando vamos a visitarlas, si no ponemos obstáculos para ello! María lleva la gracia en ella y la esparce a través de todo su ser: sus palabras, sus gestos, sus acciones. Ella es como un sol que lanza sus rayos sobre las aguas puras. ¡Qué buena influencia esparce sobre santa Isabel y qué buenos pensamientos le inspira a su corazón!

Esto nos muestra que debemos llevar a Dios con nosotros cuando salimos y esparcir sobre los demás la buena influencia de la gracia, de la fe, del amor a Dios y el respeto por nosotros. Ahí yace el buen efecto de la gracia en nosotros sobre los demás. ¡Cuántas veces aportamos a los demás, por el contrario, la disipación, la locura, la pérdida de tiempo y las pequeñas pasiones, la búsqueda, el orgullo! ¡Cuidémonos de ir adonde los demás si no les llevamos, como María, la fe, el amor a Dios, la caridad y el Espíritu Santo” (Rosario del Padre Chevrier, p.82).

(Extracto de los “Escritos Espirituales” p. 114-115)

UNA GRACIA ESPECIAL DE DIOS

“Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre” (Jn 6,44).

“Es necesario que sea Dios mismo quien nos haga comprender su palabra y lo que él mismo es. Nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios. El hombre animal y carnal no entiende las cosas del Espíritu de Dios: le parecen una locura, no puede comprenderlas, pues debe juzgarlas con luz sobrenatural (1 Cor 2,11-14).

Por nosotros mismos no somos capaces de tener un buen pensamiento; nuestra capacidad viene de Dios (2 Cor 3,5).

Necesariamente ha de ser el Espíritu Santo quien nos dé el sentido de las cosas espirituales y divinas; que nos descubra a Jesucristo, que nos dé ojos para ver, oídos para oír y, sobre todo, un corazón para sentir. Que nos atraiga hacia Cristo.

Si sentimos o comprendemos algo, debemos saber que todo buen sentimiento de fe y amor vienen de Dios mismo. Agradecemoslo”.

(Extracto del V. D. p. 118)